

## *Prólogo*

---

De vez en cuando, a un equipo de los Navy Seal le dan una operación de ensueño.

Rescatar a un grupo de supermodelos secuestradas en algún rincón del mundo.

Reforzar la seguridad, mezclándose entre la gente en las gradas de un estadio durante los Juegos Olímpicos.

Una operación de entrenamiento en Honolulu durante las vacaciones de primavera.

Sin embargo, lo mirara como lo mirara, para el jefe Cosmo Richter, meter su metro noventa de estatura por el agujero de un vertedero de basura construido hacía treinta y cinco años en un país atestado de terroristas en plena noche no estaba entre sus destinos favoritos.

No. Seguro que quien hablaba del cuerpo de Operaciones Especiales como el brazo más glamouroso del ejército de los Estados Unidos no estaba pensando en esto.

Mientras subía con sus hombres por el vertedero y se adentraban en el edificio, un supuesto orfanato, oía a Tony Vlachic, el nuevo integrante del Equipo Seal 16, y también el más joven, haciendo verdaderos esfuerzos por controlar las náuseas que le provocaba el fuerte hedor de aquel lugar.

También oía los tiros de la calle, donde otro pelotón de Seals, Mikey Muldoon y sus siete hombres, se dirigía directamente hacia una emboscada.

Aunque, por supuesto, no era una emboscada de verdad. Ya no.

El líder de los Seals en esta operación, el teniente Mike Muldon, había adivinado que Ziya, su informador, tenía lazos terroristas. Era verdad que les había dicho que los rehenes civiles estaban escondidos en este edificio, una información que el Cuerpo de Inteligencia había verificado. Y, por supuesto, Ziya les había pedido, por favor, que le permitieran ayudarles.

Sin embargo, nunca fue demasiado específico sobre cómo quería ayudar.

Mikey había acertado cuando había dicho que ayudar a liberar a los rehenes no era lo que Ziya tenía en mente. No, era obvio que el objetivo del informador era «ayudar» a las fuerzas americanas a acabar hechos pedazos en una emboscada mortal.

Mientras los acompañaba hasta esa especie de orfanato, su forma de actuar fue ligeramente distinta. No fue nada obvio pero Mikey, un tipo inteligente y un soldado de primera, se fijó en su actitud. Se fijó en el apenas perceptible nerviosismo que lo recorría de arriba abajo.

Mike miró a Cosmo, que le devolvió un microscópico movimiento de cabeza.

Sí, señor, él también se había fijado.

No hacía falta demasiada imaginación para saber que Ziya estaba esperando que, en cualquier momento, ¡oh, sorpresa!, una o dos células terroristas aparecieran por allí, de modo que cuando los Seals intentaran rescatar a las tres civiles americanas de aquel orfanato abandonado, en su lugar se encontraran otro recibimiento digamos... un poco más hostil.

Así que, mientras Mikey le seguía el juego a Ziya, tomando el «atajo» que les propuso y que, curiosamente, añadía casi ochocientos metros al viaje, Cosmo y sus hombres se separaron del grupo. Se movieron mucho más deprisa y pasaron sigilosamente entre las emboscadas, dispuestos a empezar y acabar cuanto antes la exploración del sistema de eliminación de residuos del edificio.

Al mismo tiempo, un tercer grupo de Seals que los había estado siguiendo a una distancia prudencial tenía la misión de ir eliminando las emboscadas.

Y era ese grupo, formado por el musculoso Big Mac y su pelotón de siete hombres, el que ahora intercambiaba una serie de dispa-

ros al vacío y para nada letales con los hombres de Mikey. Entre todos se divirtieron un poco allí, en medio de la noche, bailándole el agua a Ziya y, haciéndole creer que se veían acorralados, pidieron apoyo aéreo para que los sacaran de aquella trampa.

La intención de toda aquella artimaña era conseguir que los amigos terroristas de Ziya que estaban en esa especie de orfanato creyeran que estaban ganando, que los americanos no podían romper el perímetro de defensa.

Se relajarían y quizás incluso empezarían a celebrarlo antes de tiempo.

Lo último que se imaginarían era que Cosmo y sus hombres ya estaban dentro, que habían accedido al edificio a través de aquel vertedero con forma de esfínter que daba a la parte de atrás.

En estas situaciones, el sentido del humor aligeraba mucho las operaciones y Cos dibujó una sonrisa en su cara al imaginarse a su pelotón de Seals como un laxante gigante, entrando en el organismo para liberar a los rehenes. Enema militar, permite hacer una limpieza rápida, sencilla y lo menos dolorosa posible.

La analogía era realmente adecuada porque aquel agujero apesataba igual que un culo podrido.

Cosmo tomó una bocanada de aire relativamente fresco cuando salió del tubo y apareció en el suelo de la cocina del edificio. Todo estaba bastante tranquilo. Las luces estaban apagadas y no se veía a nadie... justo lo que más le gustaba cuando entraba en un edificio donde todo el mundo quería matarlo. Ayudó al resto de sus hombres, Izzy, Gillman, Lopez y Jenk, a salir del tubo.

Y, por último, el suboficial de Marina «Chickie» Vlachic, el nuevo, que miraba a Cosmo como si estuviera loco porque todavía se reía de la broma del laxante.

«Adelante —le dijo a Chick haciendo una señal con la mano—. Cuidado.» Aunque nadie de Inteligencia creía que realmente hubiera niños en este orfanato, lo último que nadie quería era herir a inocentes.

No hicieron falta más señales para recordarle a Vlachic que tenían que llegar al sótano, donde estaban los rehenes. Todo el mundo sabía lo que tenía que hacer y se pusieron en marcha.

Cosmo e Izzy Zanella iban delante.

Bajaron una escalera, llegaron a un pasillo escasamente iluminado...

Y allí estaban.

Las rehenes. Tres mujeres con aspecto desaliñado acurrucadas juntas en una esquina de una celda de aislamiento.

Era una parte fundamental de todo «orfanato». Era una de esas tácticas tan canallas de los terroristas; utilizaban un hospital o una escuela o un edificio de la Cruz Roja en un barrio «aliado» de los Estados Unidos como tapadera de una fábrica de bombas o zona de reclusión de rehenes.

No se veía ningún vigilante, e Izzy emergió de las sombras una décima de segundo antes de tiempo.

Porque las palabras clave eran «no se veía». Había un vigilante, escondido detrás de una pila de cajones. Cosmo lo vio justo cuando se giraba y veía a Izzy. Abrió los ojos, en una mezcla de sorpresa y alarma, y empezó a buscar a tientas el arma, un AK-47 retocado.

Disparar unas cuantas balas al suelo habría bastando para que sus compañeros bajaran en su ayuda pero, por suerte para ellos, este tipo estaba más concentrado en poner el arma en posición de ataque.

Así que Cosmo lo detuvo antes de que pudiera disparar.

Un ágil movimiento y un giro violento, y el arma cayó al suelo.

Fue entonces, mientras dejaba el cuerpo del vigilante en el suelo, cuando miró directamente a los horrorizados ojos de las tres mujeres que estaban encerradas en aquella celda.

La hermana Mary Francis, la hermana Bernadette y la hermana Mary Grace.

Había matado a un terrorista delante de tres monjas.

Monjas, por el amor de Dios.

No había tiempo para disculpas. Además, ¿qué podía hacer? ¿Empezar a explicarles en qué consistía la misión?

Lopez, un buen hombre, se colocó delante de Cosmo y del cuerpo del vigilante e hizo lo que pudo para explicarles a las mujeres que una organización terrorista enemiga las había secuestrado.

—Buenas noches, señoras. Somos Navy Seals y hemos venido a llevarlas a casa. Soy el oficial Jay Lopez, soy médico, y en cuanto abramos esta puerta...

Vlachic ya estaba preparando el C4 necesario para volar la cerradura pero Jenk, que siempre utilizaba el cerebro para bien, cacheó al vigilante y, en el bolsillo, encontró la llave.

Mucho más fácil, mucho más discreto. Sin embargo, para ser sinceros, Chick no fue el único que pareció un poco decepcionado.

—... les voy a echar un vistazo rápido —Lopez continuaba hablando con las monjas mientras entraba en la celda—, para ver cuánta ayuda van a necesitar para llegar al tejado. Tendremos que movernos de prisa, señoras...

—Jenk —dijo Cosmo, en voz baja, mientras Lopez seguía con las monjas, explicándoles que vendría un helicóptero para llevarlas a una zona segura. Luego les dijo que, aunque los terroristas oirían al helicóptero, no tenían que preocuparse, porque ellos pensarían que venía a buscar a los Seals que estaban fuera, atrapados en una emboscada.

Jenkins ya sabía lo que Cosmo iba a decirle, y él asintió.

—Buena idea, jefe.

El plan original era que Jenk e Izzy abrierían camino hacia el tejado, Lopez, Chickie y Cosmo ayudarían a las monjas (cargando con ellas si era necesario), y Gillman vigilaría la retaguardia.

Sin embargo, Cosmo, al romper la primera norma del decálogo (no matar a nadie delante de los rehenes) estaba seguro que ninguna de las monjas querría acercarse a él. Así que él y Jenk cambiarían posiciones.

—Listos, jefe —dijo Lopez, lanzando una última sonrisa a las monjas, para tranquilizarlas.

Y se fueron.

—He oído la historia sobre el jefe Richter. ¿Es verdad?

Era la misma pregunta de siempre, y además sobre el horario previsto.

Mientras lo decía, Tony Vlachic tenía la cantidad justa de curiosidad fingida en la voz. Bueno, como no había mucho de qué hablar, ¿por qué no hablar de eso?

Claro.

Los Seals del Equipo 16 estaban esperando en la base porque el vuelo que los tenía que llevar de vuelta a los Estados Unidos se había retrasado de nuevo. La euforia de completar con éxito una misión de rescate ya había desaparecido. Los partes de la misión ya habían acabado y casi todos los informes estaban escritos y archivados.

Casi todos.

Faltaba el de Cosmo Richter.

Estaba sentado en la mesa de Mikey Muldoon, detrás del separador, mirando fijamente el cursor de la pantalla en blanco mientras maldecía el día en que se había presentado al examen de jefe de pelotón.

Maldita sea, odiaba escribir informes.

—¿Qué historia es verdad? —le preguntó Collins a Vlachic. Cosmo los oía perfectamente, porque estaban al otro lado de la puerta, en el pasillo.

Cosmo dejó de fingir que escribía y se quedó escuchándolos. ¿Es que había más de una historia sobre él?

—La historia —dijo Vlachic, haciendo especial hincapié en el artículo, un tanto impaciente—. No soy idiota, señor. El rumor de Rikers Island es sólo eso, un rumor, ¿no?

Ah, claro. La historia de Rikers Island.

De todos los rumores, a Cosmo ese le molestaba particularmente. Era una lacra en el honor de los equipos. Tenía el potencial para hacer creer a la gente, a la más ingenua, claro, que los Seals no eran mejores que asesinos a sueldo o matones.

—Puede que los civiles se lo crean —continuó el nuevo—, pero los dos sabemos que un ex convicto nunca entraría en los Seals.

Vlachic tenía maneras de gran soldado de operaciones especiales, aunque ahora estaba demostrando que, cuando se trataba de La Historia, era igual que los demás.

Tarde o temprano, todos se acababan haciendo la misma pregunta. «¿Es verdad esa historia sobre el grande y solitario Cosmo Richter?»

La mayoría la hacía entre una y cuarenta y dos horas después de haber salido con él por primera vez a realizar una operación.

Y, claro, hacía veinticuatro horas y media que habían entregado a las rehenes —Cosmo todavía pensaba en ellas como en «Mis tres monjas» a los doctores que los estaban esperando en la base aérea.

Pero, a pesar de que todo el mundo se hacía preguntas sobre La Historia, nunca nadie se las había hecho directamente a Cosmo. Y casi todos esperaban un momento en el que estuvieran seguros que él no los oiría para comentarlo.

Aunque, claro, ni Vlachic ni el alférez Joel Collins podían imaginarse que Cosmo estaba allí, escondido en el minúsculo cubículo que el teniente Muldoon usaba, temporalmente, como despacho.

—Según el informe oficial, no, no es verdad —le dijo Collins a Vlachic. Estaban justo delante de su puerta. Increíble—. El jefe Richter apenas aparecía mencionado.

—Sí, bueno, con el debido respeto, señor, ¿qué va a decir un informe? —respondió Vlachic.

Cosmo intentó no escuchar a los dos miembros más nuevos del equipo mientras juzgaban que información sería aceptable o no en un informe oficial. Ni tampoco mientras comentaban si habría o no otra versión (*top secret*, por supuesto) que incluyera los detalles exactos de lo que había sucedido ese día hacía ya tantos años; o si el comandante Lewis Koehl, el recién nombrado oficial al mando del Equipo Seal 16, habría enviado una copia de ese segundo informe. Ah, y si ese segundo informe existía, ¿figuraría en él el nombre real de Cosmo Richter?, porque nadie se creía que fuera ese.

Cosmo miró a la pantalla del ordenador. ¿Por dónde iba? Releyó lo último que había escrito en el informe del rescate de las monjas.

0507. Rehenes encontradas, identificadas y liberadas de la celda. Único vigilante eliminado antes de dar la alarma.

0510. Salida hacia el tejado. Informes de Inteligencia correctos: cero niños en el edificio. Encontramos dos vigilantes, mínima resistencia, 100% sorpresa, artimaña de la calle perfecta. Vigilante eliminados antes de dar la alarma.

Se estaba repitiendo. El profesor de lengua de la universidad siempre le decía lo mismo, que se repetía.

Maldita sea, odiaba escribir informes.

—Lo que he oído, señor —continuó Vlachic, y Cosmo utilizó la excusa de oír las últimas modificaciones de La Historia para tomarse un respiro de aquel suplicio—, es que el jefe Richter mató, con sus propias manos, a más de cien hombres.

¡Vaya!

La cifra ya había superado los cien.

Si seguía aumentando así, para cuando se retirara, La Historia lo retrataría como el destructor de un batallón entero.

Cuando se había hablado de cincuenta pensó que había sobrepasado los límites de la credibilidad. Y, sin embargo, seguía aumentando.

Los nuevos lo seguían viendo capaz de casi cualquier cosa.

—He oído que perdió la cabeza —continuó Vlachic—, y que...

—No perdió la cabeza, Chick —lo interrumpió Collins, con un toque de desdén en la voz—. Nunca pierde la cabeza. Ni siquiera parpadea. Acabas de volver de una misión con él, ¿me equivoco? Mientras estabas en ese orfanato, ¿a cuántos de esos terroristas de Al Qaeda eliminó el pelotón de Charlie?

—A siete —respondió el suboficial de Marina.

—¿Y a cuántos eliminó el jefe él mismo?

—No lo sé —admitió Vlachic—. Como mínimo, a cuatro. Cinco tal vez —su risa era desdeñosa—. La verdad, estaba demasiado ocupado meándome en los pantalones para fijarme. Y tiene razón, señor... el jefe era como un robot.

«Sí, ya», pensó Cosmo. Si realmente fuera un robot, las miradas de terror de las monjas no lo seguirían atormentando como lo hacían. No las olvidaría en mucho tiempo.

0514. Cuatro terroristas más eliminados en el tejado del orfanato. Antes de dar la alarma.

Con el debido respeto, que le jodan, profesor Harris. Aquello ya era suficientemente duro sin tener que buscar maneras alternativas de explicar una y otra vez que si hubiera dejado que los vigilantes hicieran ruido, un batallón de hombres se les hubieran echado encima y habría muerto mucha más gente.

Además, la cifra actual ya había parecido desorbitada a los ojos de las rehenes. Cos sólo había podido dejar a un lado los cuerpos de los vigilantes muertos. Al menos, las monjas no tendrían que pasar por encima de ellos.

Vale, genial. Menudo tío.

0518. Extracción via helicóptero Seahawk desde el tejado.

0542. Fuera de espacio aéreo hostil.

Ya estaba. ¡Por Dios! Había tardado más en escribir el informe que en realizar toda la operación.



Lo guardó y lo imprimió.

Y entonces se dio cuenta de que si salía del despacho, tendría que pasar por delante de Vlachic y de Collins, que estaban llegando justo a los detalles de La Historia.

—Y el jefe llegó a lo se supone que era la plaza del pueblo, o algo así —iba diciendo Collins—, y se encontró con una auténtica masacre. Habían matado a la mitad de la población. Hombres, mujeres... incluso bebés. Decenas de niños.

—Joder —suspiró Vlachic mientras Cosmo dejaba el informe en la bandeja de Mikey—. Eso no lo sabía. Suena un poco...

—¿Como una puta exageración? —preguntó Collins—. Sí, lo sé, pero en el informe aparecía información detallada sobre las víctimas, así que... Y Sam Starrett, ¿conoces al teniente Starrett, Chick? Un tipo alto, de Texas. Ya no está en los equipos, pero...

—Sí, ya sé a quién te refieres —dijo Vlachic—. Lo vi unas cuantas veces en el campo de entrenamiento, en el molinillo, riéndose de nosotros.

—Pues Starrett también estaba en el pueblo —continuó Collins—. He oído que estaba en el suelo, arrodillado, vomitando. Imagínate lo que debió de ser aquello. Y el jefe Richter, aunque entonces todavía no era jefe, claro, se paseaba por allí, mirándolo todo. No parecía ni afectado ni nada. Ya conoces a Cosmo, nunca deja entrever sus emociones. Tampoco dice mucho, a menos que sea una orden directa. Pero allí estaba, de pie en medio de aquella plaza, solo, y va y dice: «Quien haya hecho esto va a morir, hijos de puta».

En realidad, él había dicho: «Quien haya hecho esto merece morir». Por el camino, a lo largo de las muchas versiones de La Historia, alguien había añadido el taco y había cambiado el matiz de los verbos. Cosmo no les echaba la culpa. Así era más dramático.

Si había culpables en todo aquello, uno era él mismo, porque nunca se había tomado la molestia de aclararlo.

Esa operación había sucedido hacía años, al principio de su carrera. Habían enviado al Equipo Seal 16 a un nido de terroristas de un país lejano conocido como «el pozo». En las montañas, al norte, dos facciones de guerrilleros se habían apoderado del territorio, y alguien en un remoto pueblo había cabreado a uno de los caudillos y éste, en represalia, había arrasado el pueblo.

Las órdenes de los Seals fueron vigilar las negociaciones en las montañas, ayudar en las tareas de limpieza de la masacre y mantener a salvo a los habitantes de la zona.

Unos cuantos oficiales recibieron una orden distinta: localizar el campamento del caudillo. Un pelotón salió con esa misión.

Sin embargo, Cosmo ayudó en la limpieza del pueblo. A pesar de que era invierno, tenían que hacer algo con las decenas de cuerpos que estaban repartidos por toda la plaza.

Había hecho algunos trabajos asquerosos a lo largo de su carrera, pero aquél fue el peor. Hacía que el vertedero de ayer pareciera un picnic en el parque con Nicole Kidman.

Y Renée Zellweger.

—La teoría es que descubrió el campamento del caudillo —le dijo Collins a Vlachic.

Se referían a Cosmo, claro, que ya se había dado por vencido. Se reclinó en la silla de Mikey, apoyó los pies en la mesa y cerró los ojos. Todavía iba a tener que estar allí un buen rato.

—Nadie recuerda haberlo visto en la reunión de la mañana —continuó Collins—, pero podría haber estado escuchando desde fuera de la tienda. Se dice que, durante la noche, subió a las montañas y le hizo una pequeña visita al caudillo de los guerrilleros. Y, en lugar de negociar una reunión, al día siguiente los diplomáticos tuvieron que llenar unas cien bolsas de cadáveres más. El caudillo y casi todos sus hombres estaban muertos.

—¿Y todos están seguros de que fue el jefe Richter? —le preguntó Vlachic.

—No —respondió Collins—. Pero, al parecer, esa noche estuvo desaparecido. Además, si estaba haciendo otra cosa, ¿por qué no lo dice y acaba con todas las especulaciones?

Porque lo que había hecho una noche, hacía ya muchos años, no era asunto de nadie. Cosmo estuvo a punto de levantarse y decirlo en voz alta, acercándose al pasillo. Pero se quedó sentado. Vlachic era un buen chico. Se moriría de vergüenza si supiera que Cosmo lo había escuchado todo.

Collins, en cambio, era uno de esos soldados chulitos que los jefes rezaban para que se pasara cuanto antes a la sección civil o madurara, sobre todo antes de hacer que mataran a alguien.

—Y —añadió Collins—, escucha esto: un Seal llamado Hos-

kins, ya no trabaja con los equipos, pero a veces va con ellos a tomar una copa al Ladybug Lounge, así que puedes ir y preguntárselo a él directamente, dice que vio al jefe al amanecer, camino del río para lavarse el uniforme, que estaba lleno de sangre. Y Hill Silverman, ya lo conoces, ¿no? Oyó a uno de los habitantes del pueblo, un señor mayor, dándole las gracias a Cosmo, como diciéndole «Jamás podré pagarte lo que has hecho».

—Joder —dijo Vlachic, asombrado.

—Sí, señor —respondió Collins—. Pero aquello trajo la paz a la zona, al menos hasta que llegó otro guerrillero...

Como se estaban alejando por el pasillo, sus voces cada vez eran menos perceptibles.

—¿Crees que lo hizo? —Cosmo oyó que preguntaba Vlachic—. ¿Crees que mató a esos hombres?

Pero no pudo oír la respuesta de Collins.

Esperó hasta que escuchó cómo la puerta del pasillo se cerraba, cogió las gafas de sol y se levantó.

—Al fin libre —fue poco más que un suspiro, apenas perceptible y, con toda seguridad, dicho con la intención de que nadie lo escuchara.

—¿De verdad? —le preguntó una voz. Era de mujer y con un ligero acento español y supo, inmediatamente, que se trataba de la hermana Mary Grace, la más joven de sus tres monjas.

A pesar de eso, tuvo que hacer un gran esfuerzo por no saltar; lo había asustado. ¿Cómo era posible que no la hubiera oído acercarse?

El cielo estaba tapado pero, de todas formas, antes de mirar a la monja, se puso las gafas de sol.

Por suerte, no esperaba que le respondiera a la pregunta anterior.

—El teniente Muldoon pensó que le encontraría aquí.

Cosmo no dijo nada, así que la mujer continuó hablando.

—No he tenido ocasión de darle las gracias —dijo—. Así que... —le temblaban las manos. Tenía unos dedos largos y delicados, con las uñas cortas pero bien cuidadas—. Gracias.

—De nada —dijo él, asintiendo, un gesto que significaba que le daba permiso para marcharse—. Me alegro de que usted y sus compañeras estén a salvo.

Pero la monja no se fue.

—¿Tiene un minuto? —preguntó—. ¿Le importa que nos sentemos?

Y entonces fue cuando Cosmo se aseguró su hueco en el infierno. Cogió el informe que había dejado en la bandeja de Muldoon y le mintió a la hermana Mary Grace.

—Me temo que tengo que entregarle esto al teniente Muldoon cuanto antes.

Ella asintió, solemnemente, como si de verdad le creyera.

—En ese caso, ¿puedo acompañarle?

Cosmo se quedó helado, pero ella no esperó a que le contestara. Ya estaba de pie y se dirigía hacia la puerta.

No le quedaba otra opción que seguirla.

Era guapa, en el sentido más monjil de la palabra, con el pelo corto y oscuro y las gafas que no escondían la luminosidad de sus ojos. Cosmo sabía que aquello no tenía buena pinta. En el mejor de los casos, seguramente había venido a sermonearlo por utilizar la fuerza durante el rescate.

«Gracias por salvarnos la vida pero, ¿no podría haberlo hecho sin matar a esos pobres terroristas?»

Y él sabía cómo tenía que contestar. Si conociera bien a esa mujer o la considerara una amiga, le diría: «¿Quiere decir arriesgar su seguridad y la de mi equipo dejando con vida a esos “pobres” terroristas que habían hecho explotar varios autobuses causando, en una sola semana, doscientas sesenta y ocho víctimas civiles, los mismos que habían atacado el hotel donde los delegados de su misión de paz se hospedaban, los mismos que habían ejecutado a once miembros de su delegación, los mismos que las habían secuestrado a usted y a sus dos compañeras con la intención de grabar su tortura y posterior muerte como amenaza a cualquiera que quisiera desafiarnos después?».

Pero no. Sabía que, si le preguntaba eso, él sólo respondería: «No, hermana», se excusaría educadamente y se iría.

Si la reciente experiencia no había cambiado su visión contra la violencia, nada de lo que él pudiera decirle la haría cambiar de opinión.

Y, obviamente, esa monja no iba a cambiarlo a él, por supuesto.

Sin embargo, la mujer no dijo nada hasta que bajaron las escaleras y salieron fuera, bajo la luz del sol.

—Me preguntaba —dijo entonces—. Y perdóneme si la pregunta es demasiado personal, pero ¿está casado?

¿Qué coño...? Cosmo no acababa de creérselo. La miró por encima de las gafas de sol.

No le sucedía a menudo que alguien consiguiera sorprenderlo de aquella manera. Y la hermana Mary Grace, con la aparición sorpresa en el despacho, ya llevaba dos de dos.

—No —dijo él.

—¿Tiene novia? —le preguntó la mujer.

Él apartó la mirada.

—No —¡Por Dios! ¿Estaba intentando...? Por primera vez en muchos años, Cosmo rezó, rezó para que esa monja no lo hubiera ido a buscar para ligar con él. Sería muy raro.

Pero, la verdad era que nunca había tenido demasiada suerte con las mujeres. Atraía a las más extrañas, o las más necesitadas (en el sentido de «Necesito un psiquiatra», o peor: «Necesito que me trates mal, así que si tenías la intención de ser todo un caballero, me largo»).

Tenía como un faro que atraía a las mujeres más desesperadas y disfuncionales, las que pensaban que era peligroso y disfrutaban con eso. Si existía algo parecido a una monja ninfómana, era lógico que acudiera a él.

«Por favor, Señor, si estás ahí, haz que esta mujer sólo haya venido a buscarme para cantar una o dos estrofas de alguna canción de Sonrisas y lágrimas».

—¿Alguna otra persona importante? —insistió ella—. ¿Alguien con quien pueda hablar?

Y, de repente, Cosmo lo entendió todo. La hermana Mary Grace no pretendía saltarle encima (gracias a Dios), sólo quería asegurarse de que tenía una vía de escape para vaciarlo todo y quedarse más tranquilo.

La monja no se asustó cuando Cosmo se detuvo y la miró, en silencio. Sabía perfectamente que la combinación de las gafas de sol opacas y su cara de póquer podía hacer que el tipo más fuerte del planeta se meara encima.

Sin embargo, la hermana Mary Grace dio un paso adelante.

—Sólo quería decirle que, si necesita hablar, aquí me tiene —dijo.

Tenía unos ojos muy bonitos. Tan cálidos y tranquilos. Tan limpios.

—Estoy muy bien —dijo él.

—Lo sé —la manera cómo lo dijo, con esa sonrisa, no sonó a tópico—. Pero todo el mundo necesita hablar con alguien, ¿no cree?

—El equipo tiene un psicólogo a su disposición —le dijo, básicamente porque no se había movido ni un centímetro y esperaba una respuesta. Si hubiera sido cualquier otra persona, se habría excusado y se habría ido.

—Eso está muy bien —añadió ella, con otra cálida sonrisa.

Lo hizo sentirse como un mentiroso.

—No es que vaya muy a menudo, bueno... —se corrigió—. En realidad, no voy nunca. Excepto cuando, ya sabe, me obligan a ir.

—Pero, si alguna vez lo necesita, puede ir, ¿no?

—Sí.

Entonces se quedaron en silencio, y ella no hizo ningún esfuerzo por hablar. Se quedó ahí, sonriéndole.

Collins y Vlachic estaban al otro lado del patio, hablando con Izzy Zanella, que estaba intentando convencerlos para jugar a fútbol. Los tres estaban mirando a Cosmo y a la monja por el rabillo del ojo.

—Rezaré por usted —dijo, por fin, la hermana Mary Grace, y, ¡Jesús!, ¿qué podía responder él a eso?

—Gracias, hermana.

Jenkins lo salvó, bendito sea. Salió corriendo del edificio de administración.

—Zanella, ¿has visto a Cos?

Izzy señaló hacia Cosmo y Jenk se acercó corriendo.

—Perdone, jefe —dijo, mientras se acercaba—. Acabamos de recibir una llamada de los Estados Unidos. Su madre, se va a poner bien, pero ha sufrido un accidente. Creo que ha caído y... bueno, me parece que se ha roto las dos muñecas.

¡Joder!

—Discúlpeme —le dijo Cosmo a la monja.

Mientras corría hacia el edificio de administración, oyó que el alférez Collins les preguntaba a Vlachic y a Zanella:

—¿El jefe Richter tiene madre?